

Vedla arrojada en la triste arena de la vida, luchando á brazo partido con realidades tan diferentes de lo que antes creia. ¿En dónde, en dónde están aquellas ilusiones tan acariciadas en los cándidos años de su juventud? ¿En dónde el sentimiento puro, respetuoso, desinteresado? Si la Providencia le ha reservado un alma digna de la suya, la bendice; pero si ha decidido de otra suerte, si cada dia va robándole una de sus queridas y santas ilusiones, ¿quisierais que, cómo la mujer mundana fuese á mendigar al mundo, á su laxa moral, á sus locas diversiones, la dicha, que tiene derecho de exigir, pero que no ha encontrado?

No, no: ella ha comprendido con su fe su dignidad: ábrese ante ella un camino, comienza una vida de sacrificio é inmolacion de que Dios solo será testigo, y cuyo secreto heroismo enseña solo la Religion. Nada, nada será capaz de perturbar su paciencia; sabrá sacrificar sus gustos predilectos, sus más íntimas repugnancias al bienestar, al capricho, tal vez, de su consorte: y cuando su corazon se quebrará tal vez de dolor y despecho, se la hallará con la sonrisa en los labios.

Ignore en hora buena el mundo este oscuro martirio; abrigue, como sucede de ordinario, sospechas injuriosas acerca de la piedad y devocion de esta mujer; ¿qué le importa á ella? Va á descargar todo ese peso de padecimientos amontonados en su corazon al pié del Crucifijo, uniendo sus penas á las del Salvador, y recibiendo consuelos y fuerzas en la sagrada comunión. ¡Ah! lástima es, que esos hombres ciegos no sepan cuántas lágrimas enjugan nuestros altares, nuestros confesonarios, nuestro perdon, nuestra Eucaristía; ¡cuán nobles pensamientos sugieren, cuántas flaquezas animan, cuánta dulzura saben hacer sacar de las penas mismas!

Las plegarias subirán más y más fervorosas al cielo; y la fiel esposa cristiana, que las dirige en secreto, saltará un dia de gozo infinito, de un gozo que borrará hasta las menores reliquias de las amarguras pasadas: un corazon rebelde, á quien siempre amó, se abrirá, por fin, un dia á las secretas esperanzas de la afligida esposa; verá ésta cumplido, en fin, su mayor deseo; y con la conversion de un corazon querido, nada le quedará por desear en la tierra.

Entónces el ángel tutelar suyo, que velaba solícito por sus dolores, volverá sus miradas hácia el cielo, que la llama; y mucho tiempo despues de haber desaparecido de la tierra, señalará sus pasos una ráfaga de luz. Su recuerdo, su nombre, serán benditos de todos los que tuvieron la dicha de conocerla aquí abajo. Esta es la esposa

cristiana, estos los rasgos característicos de una vida admirable, solo conocida de Dios. Y éste es tambien uno de los mayores beneficios del catolicismo.

En lugar de profanar un tipo, un modelo tan hermoso y tan santo, paréceme que harian mucho mejor ciertos autores, en describirnos con sus doctas plumas sacrificios tan sentimentales é interesantes. Y no se crea, que cuanto acabamos de exponer sea una novela, una historia ideal: cada dia se están presentando á nuestros ojos escenas tan vivas y sublimes; y apelo á vosotros, católicos, de la realidad de mi asercion, pues que, sin duda alguna, sois testigos más de una vez de vidas tan dignas de respeto é interés.

Algunos espíritus fuertes, no pudiendo cerrar los ojos á tanta luz, ni desconocer virtudes que ceden en tanto provecho suyo, dicen sonriéndose: ¡Bueno! eso quiere decir, que la Religion es buena para mujeres! Y bien, católicos, acepto de grado esa proposicion, por más sardónico que sea su intento. Sí; la Religion es buena para las mujeres; ¡corriente! y yo me vanaglorio de ello por la Religion misma.

¿No querria decir eso por ventura, que el corazon llega más pronto y más fácilmente á la verdad, que el espíritu? ¿No querria decir eso, que el amor engañado por las criaturas, y que se arroja en el seno de Dios, le encuentra mejor que el orgullo, que se pone á disputar con Dios mismo?

¡La Religion es buena para mujeres! — ¿Y quién es el que así habla? Por lo regular, el que así se expresa es un hijo, cuya niñez enfermiza se robusteció y se sostuvo por indecibles y continuos desvelos de su madre, y que debe á los sentimientos religiosos de ésta, la salud, la vida; y la brillante posicion que ocupa. El que así habla, es de ordinario un marido sin conducta, que sacia de amargura y lágrimas á su esposa, y no encuentra en esta su víctima sino una resignacion angélica, una fidelidad y amor jamás desmentidos.

¡Callad, infelices é insensatos! Sin la Religion, que enseña á sacrificarse, tú, hijo, hubieras sido tal vez abandonado, en un momento de fastidio atroz, por un camino, á la lástima de un transeunte: sin la Religion, que prescribe á la esposa inmolarse en silencio, ese vínculo conyugal hecho por causa tuya, oh cruel é insoportable marido, hubiera sido roto violentamente; y en lugar del perdon y del silencio, habrias encontrado en tu hogar el odio, las rencillas, la simulacion, la venganza! ¡Insensatos, aun más que ingratos! no blasfemeis, pues, del principio de este amor, que os salva á pesar vues-

tro! Y si alguno ha de maldecir la mano que dá, que no sea al ménos el que lo recibe todo.

2. No hemos examinado hasta ahora sino la primera fase de la constitucion de la familia.

La influencia del catolicismo va á aparecer como una nueva maravilla en su desarrollo, bajo esos nombres suaves de *Padre, Madre, Hijo*.

Y desde luego, vosotros, padres, ¿qué sois? — Vosotros representais á Aquel de quien en la tierra y en los cielos saca su nombre toda paternidad: vosotros sois los depositarios de la autoridad de Dios, á quien toda criatura inteligente saluda cada dia con el nombre de PADRE. Y ese Hijo, esa criatura delicada y suave, en quien se refleja vuestra imágen, es un alma vuestra, rescatada con la sangre de Cristo.

La Religion ha tendido su mano sobre la frente de este niño, encorvado bajo el peso del anatema; le ha enderezado, le ha ennoblecido y vuelto á depositar en vuestras manos: os ha fiado un gran cargo, el de velar por el desarrollo de su razon. Vuestra solicitud, oh padres de familia, vuestros esfuerzos como hombres, son preservar al fruto de vuestra bendicion conyugal de todo error, de toda ocasion de extravío funesto. Otra, otra velará sobre su corazon, lo hará palpar con sus primeras emociones, enjugará sus primeras lágrimas, calmará su primer lloro, responderá á sus primeras exclamaciones ininteligibles para vosotros, más adivinadas por tan celestial maestra: otra, otra será, quien velará con amor sobre la pureza de su manto de inocencia.

Cuando, ya crecido, comenzará el niño á preguntarse á sí mismo, cuando acosado por esa sed de conocer y de saber, se irá por la region peligrosa de la verdad, pensadlo, pensadlo bien y sin cesar; acompañeos este pensamiento todo el dia, acompañeos al través del reposo de vuestras largas noches; esa inteligencia, que os despierta y agita, será lo que le hayais hecho, será lo que le hayais dejado hacer; y si, en cierto dia, privado ese niño, ó jóven, de vosotros, afrentado por vosotros, no tiene fe, esa maldicion vuestra la hará caer Dios sobre vuestras cabezas; y en su dia, en el tribunal divino, os será pedida cuenta de la sangre de vuestro hijo.

Lo que os estoy diciendo ahora, lo que se os ha dicho mil veces antes, eso mismo es lo que nos manda la Iglesia repetir. La sabiduría gentil tiene dicha una expresion tan verdadera como profunda: «Se debe un gran respeto á la niñez; gran respeto y mayor cuidado á la adolescencia.» Jesucristo, el buen Pastor, nos tiene tambien di-

cho: «El que escandalizare á uno de mis pequeñuelos, valdria más que muriese...»

Se acusa á la Iglesia de querer apoderarse de las almas; se la acusa de apoderarse de la educacion: entendámonos!

¿Se quiere decir con esto, que la mueva á ello algun motivo humano? ó que espera con ello engrandecer su influencia política? ó que espera sacar de vuestras manos oro para las suyas? Entónces, si así fuere, oponeos en hora buena á las ambiciones de la Iglesia.

Pero lo que ella pide con tanta instancia ¿es solamente, que la fe del niño católico no se vea amenazada? ¿qué su moralidad no sea presa de doctrinas impías y sensuales? ¿Qué el que desea transmitir pura é intacta á sus descendientes la creencia antigua, lo pueda hacer con libertad entera? — En este caso, no reclama ella en nombre de los padres y de los mismos niños, sino lo que es un derecho de todos tres; entónces la Iglesia no hace sino cumplir con un deber.

Y si por cumplir esta santa funcion ó facultad, no recoge en retorno sino insultos y ultrajes, á vosotros, padres, toca levantar, sostener y cubrir vuestra madre con vuestro sufragio; porque lo que reclama es libertad para el alma, lo que reclama es la inviolabilidad de la familia, y, por consiguiente, la garantía del sosiego y felicidad del porvenir.

Pero en lo que se manifiesta y da á conocer la influencia de la Religion en la familia, con marcas más positivas y sensibles, es en la madre, en los sentimientos que la inspira. No sé yo si Dios ha hecho nada tan sublime y hermoso como el corazon de una madre. ¿No es verdad, que aquí en la tierra, ese corazon es la imágen que más se aproxima y que mejor retrata los sentimientos divinos de Piedad, de Ternura, de Misericordia, de Amor? — Ahora bien; es para mí de toda evidencia, que solo la Religion puede desarrollar, conservar, levantar á su altura el corazon de la madre.

Veamos y observemos á la que no es cristiana, si es dable la haya aun fuera del catolicismo, — pues, que en éste, la naturaleza entera es cristiana. — Esta madre ama en efecto á su hijo; le ama, es cierto, con un amor exclusivo; le ama hasta cerrar los ojos á las peligrosas y dañinas pasiones del jóven; pero lo que ama es el fruto de sus entrañas, ama el cuerpo, y ni piensa en el alma: no ha comprendido esta madre su funcion augusta de madre, la de comunicar al hijo vida espiritual. No le ha enseñado, teniéndolo en sus rodillas, no le ha enseñado á levantar los ojos al cielo: primer suspiro, perfume pri-

mero, que se exhala de un alma tiernecita, y que sabe atraer esas bendiciones, que son prendas de un porvenir venturoso.

Esta madre ha presentado á su hijo el pan, que alimenta el cuerpo; pero ese otro pan, preparado para su alma tiernecita, que solo ella podía y debía ofrecerle, impregnado de su ternura, empapado en sus maternales lágrimas, ese pan no ha sabido dárselo! Para ella, ¡cuántas tristezas le oculta el porvenir! ¡cuántos lloros tendrá que sollozar! ¡cuántas veces le sucederá no saber dónde ir á buscar un alivio á inevitables padecimientos de un corazon amargado! Porque, ¿en dónde encontrar consuelo, para la que no tiene Dios? ¿para la que no lo ha dejado como en herencia inmortal á sus hijos?

Pero, ¿qué diremos de la madre cristiana, de su influencia en la sociedad? Algunos modernos, paseando sus miradas por los males inmensos que por do quiera nos cercan, han propalado expresiones desalentadoras, han desesperado del porvenir. Yo pienso, sin embargo, que no han examinado bastantemente el estado social: han visto los elementos, los principios de guerra que existen — y, en efecto, son numerosos; — pero no han visto los elementos, los principios de paz que residen enérgicamente en la moral, y que han de salir triunfantes.

¡Madres cristianas! si hubieran dirigido sus miradas sobre vosotras, habrían esperado: y, en efecto, es principio admitido por los más célebres moralistas, que el hombre moral, en la parte superior de sí mismo, se forma en las rodillas, en el regazo de su madre: los gérmenes de bien ó de mal, que se le han inoculado entónces, se irán desarrollando más tarde progresivamente, pero con energía, á ménos de verse neutralizados por una influencia excepcional.

Si la madre ha tenido cuidado de grabar profundamente el divino signo en la frente de su hijo, puede estarse seguro de que no lo borará jamás la mano del vicio. Muchos jóvenes, es cierto, á quienes prodigaba cuidados religiosos la maternal ternura, se vuelven infieles á la fe de su infancia, se dejan penetrar por el aire contagioso del siglo, y llegan hasta ultrajar con sus propias palabras la Religión, que consagró sus sentimientos primeros.

Pero, aguardad que la borrasca de las primeras pasiones se calme, y se verá como llevan, sin percibirlo tal vez, un principio *impecedero*, que, á su tiempo, va á despertarse y volver á traer la virtud por medio del remordimiento: su fe no ha muerto; y no les creais cuando os dijeren que sí: cuando una vez llegó á echar la fe raíces profundas en el alma, no se desarraiga como quiera, ni se arranca la planta divina: cuando la antorcha celestial llegó á alumbrar nuestra

inteligencia, encendida por el soplo del amor de una madre, no se le apaga tan fácilmente como parece: la fe está adormecida, parece amortiguada, es verdad; pero tarde, ó temprano, recobrará su imperio: ilustres ejemplos de personajes contemporáneos comprueban nuestro aserto.

Madres cristianas, llena está de vuestras obras la historia de lo pasado. ¡Ah! Me hago cargo de que los que no tienen fe, y aborrecen cuanto nosotros amamos, traten de sustraeros á la benéfica influencia del Evangelio; pero miéntas vosotras esteis firmes, miéntas que podais estrechar en vuestros brazos al hijo de vuestras entrañas, miéntas que de vuestros labios se vaya desprendiendo é infiltrándose en el infantil é inocente corazon la doctrina de la Iglesia, todos sus sofismas, toda su habilidad y superchería vendrán á estrellarse contra esa misma fe, que hayais insinuado en su alma.

Vosotras nos atribuí, á nosotros predicadores de la sagrada palabra; nos atribuis, algunas veces, esas victorias espirituales. La gloria interior es de Dios, que mueve y toca el corazon; pero la gloria humana es vuestra, y yo os la devuelvo en pública voz y razon. Nuestra palabra no hace sino despertar el eco de vuestras palabras de otro tiempo. Nosotros hemos tocado en una roca, en una peña, pero bajo cuya dureza aparente se esconde un manantial de vivas aguas: ese manantial brotó y llenó esa alma, y nació de ella una flor de arrepentimiento, y nació una fe sincera, efectiva, estable, duradera, porque ha recibido la experiencia de la desgracia y de lo malo.

Si hay en la tierra sitio alguno en donde more la dicha humana, en donde se respire el perfume de la caridad de Dios, en donde se enjugan todas las lágrimas y se curan todas las llagas, es, sin duda, en una familia reunida y cobijada bajo las alas de la Religión; en una familia, en donde los sentimientos divinos vienen al socorro de los sentimientos humanos, en donde la virtud es una necesidad más bien que un deber.

Vosotros, los que estais cansados de los placeres de la vida, vosotros, que vais á buscar muy léjos, tal vez, lo que encontraríais tan cerca de vosotros mismos, yo os invito á la vida de familia: ahí, os lo digo con la mayor energía; ahí, no solamente existe la humana felicidad, sino la *verdad* misma. La familia es necesariamente cristiana, porque comprende y entiende instintivamente, que no puede haber buena union sino por medio de la fe.

Si por ventura penetrase alguna vez en este santuario la incredulidad, entónces... entónces fuera necesario desesperar del porvenir: pero no lo permitirá el Señor. En la puerta de este Eden afortunado,

está de vela un Angel revestido de un poder superior al de todos los sofismas, y de una fuerza á la que no puede hacer resistencia todo el genio del mal; y este Angel es EL CORAZON DE UNA MADRE CRISTIANA.

CATOLICISMO.

(SU INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD HUMANA.)

IV.

Beata gens cujus est Dominus Deus ejus.

Feliz la nacion, cuyo Dios es el Señor.

(*Sal. xxxii, 12.*)

Hay una verdad, amados hermanos míos, muy propia para regocijar el corazón del justo, y para confundir al impío, y es: Que nuestra santa Religion, que parece no haber sido fundada sino para hacernos felices en la otra vida, nos hace ya dichosos aun en ésta; porque esta divina Religion, que se presenta demostrada á la razon con pruebas irresistibles, se deja persuadir aun mejor por el corazón, con la sencilla relacion de sus beneficios innumerables.

Una y mil veces venturoso el justo, que vive bajo su dulce influencia; florecerá como la palma, y descollará como el cedro en el Libano: *justus ut palma florebit, sicut cedrus Libani multiplicabitur.* Dichosa tambien una y mil veces la generacion, el pueblo, la nacion, que se acoja bajo su égida, y que haya escogido á su Dios por Señor suyo; será como la sociedad celestial, que vive en el seno del orden y de la paz: *beata gens cujus est Dominus Deus ejus.*

Muy sabido teneis, hermanos míos, que segun las ideas de sana filosofia, la felicidad consiste en la satisfaccion de nuestras más no-

bles facultades; á saber, de nuestra inteligencia y de nuestro corazón. Ahora bien; en cuanto es permitido esperar, el espíritu del justo queda satisfecho desde esta misma vida, y su corazón se ve ya inundado de alegría. El justo es dichoso, sí, respecto de su inteligencia y de su corazón, aun en esta vida, porque á más de la esperanza de la eterna felicidad de la patria celestial, el catolicismo le hace gozar, aquí abajo, de toda la felicidad que se puede disfrutar en este lugar de destierro.

Y, en efecto; mientras que, por un lado, el temerario filósofo, ansiando satisfacer su espíritu, anda buscando vanamente la verdad en doctrinas tristes y desconsoladoras, alejándose de los principios sagrados de la revelacion; mientras que, azorándose, como el demonio de que habla el Evangelio, anda corriendo por una tierra árida y desierta, cayendo á cada paso de error en error, de abismo en abismo; mientras que, bogando de continuo en un piélago de incertidumbres, no sabiendo á dónde agarrarse, en dónde fijar sus plantas, experimenta el alma del filósofo insensato, en cada instante, angustias de duda y destrozo de desesperacion; el justo, al contrario, apoyado en la fe, como en base inmutable de verdad eterna, contempla con ojos serenos la luz de las inteligencias. No mira sino á Dios; pero en Dios ve los principios de todos nuestros conocimientos; ve en ÉL el pensamiento inmenso que ha concebido este vasto universo; ve en ÉL la sabiduria infinita que ha fijado leyes á todos los seres.

Mientras, que, por otra parte, y para contentar su corazón, el hombre mundano se abandona locamente al amor de las criaturas, á pasiones fementidas, á todo deleite de los sentidos y de la imaginacion; en tanto, que embriagado por el humo pasajero de vanagloria, trata de hacer ruido al derredor del sepulcro, que lo ha de devorar inevitablemente; en tanto, que ansia con furia la felicidad, demandándosela á todo lo que le rodea, y por do quiera no encuentra sino angustias y espinas crueles; el justo, guiado por la Religion del cristianismo, ha encontrado el bien verdadero, y su corazón se siente abrasado del amor más puro, así como su alma inundada de castas é inefables delicias.

¡A Vos, oh divina Hermosura, siempre antigua y siempre nueva, á Vos adora, á Vos ama y por Vos suspira el alma justa! ¡A Vos implora, á Vos os invoca desde el rayar del alba hasta el ponerse del sol; y Vos, oh encantadora beldad suprema, le pareceis cada vez más amorosa, cada vez más tierna y deliciosa!

Entra el justo en relaciones íntimas con su Dios; y en esta comunicacion bebe el néctar divino, que sabe á celestial ventura; tiene

ya desde esta vida un sabor de la felicidad eterna; y si le acontece padecer algunas tribulaciones, resalta en el cuerpo el gozo interior del alma; exclama con san Pablo: Yo estoy embriagado de alegría en medio de mis tribulaciones: *superabundo gaudio*...

Este fenómeno, que se experimenta, hermanos míos, con harta frecuencia, vosotros mismos no lo podeis ignorar; y eso mismo os demuestra, que la Religión constituye aun en la tierra la felicidad del justo, llenando de satisfaccion su espíritu y corazón, suavizando todos los males, y ennobleciendo todos los bienes de esta vida.

Pero es mi intento presentaros hoy esta misma verdad, bajo un punto de vista mucho más elevado, haciéndoosla ver como la base del orden y de la felicidad de toda la sociedad humana. Ved aquí la verdad que os he de probar.

Estadme atentos; y para el acierto. A. M.

1. ¿Qué sería necesario, teóricamente hablando, para alcanzar á formar una armonía universal, feliz, perfecta, y hacer reinar en el mundo ese orden, ese acuerdo admirable, que caracterizan la felicidad suprema de la celestial Jerusalén? Bastarían dos leyes generales, dos leyes sencillas, pero perfecta y cabalmente observadas: *ley de subordinacion*, *ley de amor recíproco*. Ley de subordinacion, que colocara y contuviera á cada uno en la clase y rango que le es propio; ley de amor, que uniera todos los rangos de la humana sociedad sin confundirlos ni alterarlos.

Ley de subordinacion, por la que viéramos nosotros, que los amos ó señores mandasen con dignidad, y á los súbditos ó subordinados obedecer con respeto; y unos y otros conservar fiel é inalterablemente su puesto respectivo de superioridad ó de inferioridad: ley de union y amor, en virtud de la cual todos los hombres á quienes colocara y contuviera, por decirlo así, á distancia respetuosa unos de otros, se aproximáran, se unieran, se estimáran y ayudáran mutuamente.

La sumision, sola, hermanos míos, y sin el amor recíproco de los superiores y de los inferiores, no produciría en el mundo sino esclavitud y tiranía: así como el amor, sin subordinacion, no engendraría sino confusion y desorden.

Pero imprimid, arraigad en todos los corazones estas dos leyes de *subordinacion* y de *amor*; entónces, ¡ah! comprendo ya una sociedad perfecta, universal: los inferiores llenos de sumision y respeto por la autoridad, que los domina, se aproximan á ella en el orden

moral con el poderoso vínculo del amor, de la dulce confianza.

¿No veis á un hijo obedecer con amor á un padre, á quien estima, un criado á su amo; al ciudadano, obedeciendo sinceramente al magistrado, y al súbdito á su soberano? ¿No veis á los príncipes y magistrados, á los padres y amos mandar con bondad, imprimir respeto, sin hacerse temer, derramar sobre sus inferiores toda suerte de bienes, toda especie de favores, todos los dones de una amistad y caridad inagotables?

¿No veis, desde luego, como todos los miembros de cada sociedad forman entre sí una jerarquía admirable? Paréceme estar viendo á todos los hombres colocados por orden, segun sus diferentes grados y consideraciones, en derredor del Jefe supremo, que los dirige; y á gobernantes, por otra parte, postrados ante el trono del Eterno, tributando á la divinidad homenaje de todos los honores que reciben! ¿Qué orden! ¿qué concierto!

Habitantes del empireo; ¿no es así como en la mansion del Eterno estais subordinados unos á otros; Dios sobre todos vosotros, y respetándoos y amándoos recíprocamente? Astros hermosos, que nos contais de consuno la gloria del Eterno, Todopoderoso; estrellas, soles innumerables; ¿no es así como sois conducidos por los espacios etéreos, en virtud de las dos fuerzas de atraccion y de separacion respetuosa; no es así como gravitais todos juntos al rededor del sol único, que os domina y atrae, que os ilumina y vivifica?

Y ¿no es también así, hermanos míos, como estaban puestas en orden, en otro tiempo, las tribus de Israel, cuando el impío Balaam, llamado para maldecirlas, no pudo ménos de bendecirlas y de exclamar con admiracion: *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel?* ¡Oh, y cuán hermosos son, Jacob, tus tabernáculos; y cuán hermosas tus tiendas, oh Israel!

Pues bien; en eso consiste el orden: en la *subordinacion* y *amor* entre todos los hombres, entre todas las clases de cada sociedad, y entre todas las distintas sociedades de la humanidad; y ese orden, que tanto os encanta, amados hermanos míos, es el que trabaja constantemente por hacer reinar en el seno de la sociedad humana nuestra divina Religión cristiana.

Porque, enseñando á los hombres las dos leyes fundamentales de la sociedad, la *subordinacion* y el *amor*, establece poderosamente la subordinacion, consagrando la *autoridad*, y prescribiendo la *obediencia*. Derrama también, al propio tiempo, en todos los corazones el amor, la union, la dulce confianza, simbolizándolo y reuniéndolo to-

do en la *Caridad*; y así es como, desde luego, y, en primer lugar, establece ó funda la subordinacion.

Dirigiéndose, además, á todos los superiores, de cualquier orden que sean, ya amos y padres de familias, ya príncipes y jefes de naciones: «Escuchad, les dice, vosotros todos los que gobernais á » otros. Sabed, que Dios es quien os ha otorgado el derecho de mandar, y vuestro poder viene del Altísimo: *data est à Domino potestas vobis, et virtus ab Altissimo*. Todo poder, toda autoridad, viene » de Dios; por él reinan los reyes, por él mandan los legisladores. » *Non est potestas nisi à Deo.* »

Nosotros creemos, dice san Agustin, que solo el verdadero Dios es quien da el reino y el imperio. Él es quien comunica su autoridad á los padres sobre sus hijos, á los señores sobre sus criados, á los magistrados sobre las ciudades, á los gobernadores sobre los pueblos, que les están encargados.

Entended, pues, oh vosotros todos, que teneis mision de gobernar á vuestros hermanos, entended cuánto os eleva el Catolicismo. Este constituye y declara sagrada y divina vuestra autoridad, pues, que es una participacion de la autoridad misma de Dios: vosotros sois, respecto de vuestros inferiores, lo que Dios respecto del universo: sois nada ménos que dioses por participacion ministerial: *dii estis et filii excelsi omnes*.

Sí; vosotros, padres, amos, magistrados, que me escuchais; sois dioses: la Religion me lo enseña: *dii estis*. A vosotros, pues, la gloria, el poder, la majestad de Aquel, cuyos representantes sois en la tierra; pero á vosotros toca tambien dar á vuestros inferiores los ejemplos de sabiduría, de firmeza y de bondad que Dios da al universo. Ordenad siempre lo bueno, y prohibid lo malo: mandad siempre con razon y dignidad, nunca por pasion, capricho ni terquedad. Dioses sois; ¿lo entendeis? ¡Ah! no perdais de vista esta alta dignidad, de que os hallais revestidos, así como tampoco las graves obligaciones que os impone!

No echeis tampoco en olvido, ni menosprecieis esa cualidad augusta de vuestros superiores, oh vosotros todos, que les debéis respeto y obediencia. Rebelándoos contra ellos, os rebelaríais contra el mismo Dios. Estad sumisos, os dice la Religion; someteos á las potencias superiores. El que resiste al Poder, resiste á la orden de Dios y merece condenacion. Prestad obediencia á quien obediencia se debe; pagad tributo á quien tributo se debe; tened temor santo á quien se debe temor; y honrad al que honor se debe; dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Hijos, criados, súbditos, obedeced todos á vuestros superiores: vuestra obediencia nada tiene de bajo, nada de despreciable: no os detengais ni pareis en el hombre que manda, y que, tal vez, sea indigno por su persona de vuestros homenajes: la Religion tiene las miras más altas; y más arriba del *hombre* os muestra al Rey de los reyes. A éste, no á aquéllos, como criaturas, se refiere vuestra sumision; y ante Él os acatais, cuando os inclináis ante el visible depositario de su poder.

Así es, hermanos míos, como ennoblece el Catolicismo la obediencia á los ojos de los inferiores, á pesar de recomendarla tan imperiosamente: y ved por que prescribe para las leyes del Estado una obligacion de conciencia, y á todos los superiores una autoridad sagrada é inviolable; estableciendo, de este modo, en la sociedad, la subordinacion, que es su primer principio constitutivo.

Pero, sobre todo, estadme atentos ahora, hermanos míos. — Hemos dicho, que el *amor* es el segundo principio de orden y de felicidad en la sociedad: ahora bien; el amor, harto lo sabeis, es el gran precepto, el mandamiento por excelencia de nuestra religion; porque el amor es el espíritu mismo, la vida misma del Catolicismo.

El mandamiento, que os doy yo, nos dice Jesucristo nuestro Bien, mi mandamiento especial, característico, el que es propiamente mi mandamiento por excelencia, es, que os améis unos á otros. Amaos, y con esto habreis cumplido cabalmente con toda la ley: *qui diligit, legem implevit*. — Amaos, y sereis verdaderos hijos de vuestro Padre celestial, que no es sino caridad: *Deus charitas est*. — Amaos; y en eso se reconocerá que sois mis discípulos: *in hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*.

No hay sino una sola familia en la tierra, y un Padre en el cielo: amaos, pues, como hermanos, y á Dios sobre todas las cosas. Todos teneis un origen mismo, una misma naturaleza, una misma destinacion: uno mismo es el Dios que os ha dado la vida del alma, y el mismo Adán os ha dado la del cuerpo: una misma es la sangre que circula por vuestras venas, uno mismo el sol que os alumbra, una misma la tierra que os sostiene y alimenta, uno mismo el aire que refresca vuestras entrañas. ¿Es, que no aspirais todos á un mismo cielo, á la misma inmortalidad? ¿No tendreis que pasar todos, grandes y pequeños, el mismo umbral de la muerte? — Amaos, pues, unos á otros.

El que no ama, mora en la muerte, dice S. Juan: *qui non diligit, manet in morte*. « Aunque hablara yo lenguas de ángeles y de hom-